

¿CÓMO LEER LA BIBLIA?

I.- Una invitación

Si me gusta el mundo de las manzanas, es lógico que lo estudie y aprenda sobre él. Pero si quiero disfrutar de una manzana, debo masticarla y saborearla.

Del mismo modo es necesario que aprendamos sobre la Biblia. ¿Por qué? Porque ha inspirado, por ejemplo, las esculturas de nuestros museos e iglesias. También es recomendable estudiarla como la gran obra literaria que es, sin olvidar su importancia como fuente histórica. Y especialmente es deseable conocerla desde el punto de vista de la Teología para entenderla realmente.

Pero si los cristianos estamos de enhorabuena es porque constituye un verdadero regalo destinado a ser masticado y saboreado y hacerlo parte de mi ser.

Entonces, ¿por qué no la valoro suficientemente ?

- Tal vez porque me he acostumbrado a ella,
- O porque no la conozco o no la entiendo,
- O porque es un “tocho” de más de mil páginas.

¡Piérdele el miedo a la Biblia! Porque es un regalo elaborado por Dios para dar sentido y llenar tu vida. Porque en ella están todas las experiencias humanas. Todas tus vivencias están ahí, y lo están desde Alguien que quiere lo mejor para ti.

Si me llamaran al móvil, ¿lo cogería? La Biblia, si sabemos leerla, es una invitación. Una invitación para un encuentro personal. Pero para que se dé un encuentro ha de haber dos personas: Dios ya me está esperando, y me lo repite en la Biblia (por eso la llamamos la Palabra de Dios). ¿Voy a escuchar su invitación? ¿Estoy dispuesto a responder a su llamada? Cuando profundizo en ella descubro que en esto consiste la Biblia. Pero...

II.- ¿Cuál es el contenido de la Biblia?

Lo primero, ¿es un libro? Propiamente no, sino una colección de 73 fascículos o libritos. De hecho, la palabra “biblia” en griego significa “libros”.

Y son libros muy variados: de distintas épocas (se escribe durante casi mil años), de diversos autores (la mayoría desconocidos), de diferentes estilos o géneros, que tratan todo tipo de temas (aunque siempre desde la perspectiva de Dios). Por tanto, siempre hay algún libro apropiado para cada persona y cada momento vital.

1) *El Antiguo Testamento*: ocupa, como sabéis, cuatro quintas partes. Están escritos casi todos en hebreo porque son los libros sagrados del

judaísmo (y aceptados como tales por los cristianos y respetados por los musulmanes).

Sus 46 libros nos transmiten cómo el pueblo judío va descubriendo, poco a poco, una fe diferente a la de los pueblos vecinos. Al abrirse a la trascendencia se les desvela lo que parecía oculto:

- Que sólo hay un Dios –Yahveh–;
- Que no es como los dioses de los pueblos vecinos que desconfían del ser humano y le exigen ofrendas y sacrificios para evitar el enfado y el castigo (sacrificios humanos incluso, a diferencia de Abraham).

Yahveh, en cambio, es un Dios que toma la iniciativa. Sin que nosotros tengamos que hacer nada para tenerle contento, está de nuestra parte, especialmente de parte de los pobres y de los que sufren. Un Dios cuyo deseo coincide con el nuestro. Y ¿cuál es nuestro deseo? Ser felices. Ese es también el deseo de un Dios que nos cuida maternalmente:

¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré (Is 49, 15).

Ésta es la novedad que descubrimos cuando leemos el Antiguo Testamento.

Porque en la Biblia se condensa lo más esencial de la revelación de Dios. Y ¿qué nos quiere manifestar? Dios se revela a sí mismo. No con definiciones teóricas, sino que se da a conocer con su actuar: creando la vida; liberando de la esclavitud de Egipto y, más tarde, del destierro de Babilonia; promoviendo unas relaciones justas...

2) *El Nuevo Testamento*: Son 27 libritos, más breves, escritos en griego por las primeras comunidades cristianas, para transmitirnos quién es Jesús y cómo ha transformado sus vidas.

Imaginad que en el telediario nos hablaran de una persona condenada a la pena de muerte. Ése es Jesús. Y, sin embargo, sus discípulas y discípulos descubren que es el Hijo que transmite a ese Dios desconcertante, cuya forma de amarnos es diferente de lo que esperamos, es mucho mayor de lo que podríamos imaginar. Pues no sólo nos perdona incondicionalmente (como el padre del hijo pródigo) sino que nos resucita, como resucitó a Jesús. Es decir, que con Jesús podemos vencer todos esos miedos que nos impiden ser libres; incluyendo nuestro mayor miedo: la muerte.

III.- ¿Cómo entenderla correctamente?

Es decir, ¿cómo descubrir lo que Dios nos quiere decir en cada texto?

1) *Prioridad hermenéutica del Nuevo Testamento*: Hemos visto la importancia y la novedad del mensaje del A.T., que es en el que Jesús, como laico judío, fue educado por José y María. De ahí la necesidad de conocerlo y degustarlo, para poder entender el Nuevo Testamento (de hecho Jesús no quiso crear una religión diferente a la judía, sino completarla).

Pero también hemos visto que la revelación definitiva, la Palabra plena de Dios, no es una idea sino una persona: Jesús (Jn 1: la Palabra se hizo carne...).

Por tanto, si encontráramos alguna contradicción entre un pasaje del A.T. y otro del N.T., tiene preferencia el del N.T. (*espigas en sábado; divorcio*). El N.T., es decir, Jesucristo, ilumina, nos da la clave para entender los pasajes difíciles del A.T. Por ejemplo, los salmos en que se pide a Dios que mate a los enemigos se contradicen con las palabras de nuestro Maestro: “habéis oído... pero yo os digo: ama a tus enemigos”. Como cristianos nos quedaremos con esto. Por eso, cuando yo rezo con esos salmos no pienso en las personas que me fastidian (que son hijos queridos por Dios como yo), sino que pienso en mis verdaderos enemigos: ¿Quiénes? Mis tentaciones, mis miedos, mi orgullo. Esos son los enemigos que pido al Señor que mate, porque son los que realmente me impiden amar y ser feliz. Como dijo Jesús, no nos corrompe lo que viene de fuera sino lo que sale de dentro de nosotros.

2) Evitar el fundamentalismo: ¡Ojo con las lecturas literales!

Es imprescindible tener en cuenta el contexto histórico en que fue dicho el texto. El error del fundamentalismo consiste en interpretar el libro sagrado al pie de la letra. Algunos cristianos y los Testigos de Jehová dicen que no hay que buscarle tres pies al gato, que no se deben hacer interpretaciones, sino leer lo que dice tal cual. Pues bien, entender literalmente es ya una interpretación: la de nuestra mentalidad del 2009. Por ejemplo:

a) Si alguien de dentro de 100 años leyera que “fulanito anda con la mosca detrás de la oreja” y, entendiéndolo al pie de la letra, se dedica a buscar fotos o restos de esa mosca, ¿no estará haciendo una interpretación errónea?

b) Veo que los presentes tenemos dos manos. Si fuéramos literalistas no sería así, pues el evangelio dice: “Si tu mano derecha te escandaliza, córtatela”.

c) ¿Os acordáis cuando murió en España una niña porque sus padres, testigos de Jehová, se negaron a que recibiera una transfusión de sangre? Ellos decían ser fieles a la Biblia que interpretan sin tener en cuenta que, en la época en que se escribe, la sangre de los animales transmitía graves enfermedades. Yahveh, pues, quiere nuestra salud. (A diferencia de los dogmas de fe, las normas morales tienen un porqué que debo conocer –lo que nos conviene a largo plazo de cara a la felicidad de todos–).

El género literario también debe tenerse en cuenta al leer un texto.

En el A.T.:

a) Si leo en un salmo que “el Señor es mi roca”, como sé que pertenece al género poético, lo interpretaré como una metáfora: Dios es firme y me puedo apoyar en Él. Hay también bellísimas comparaciones: “*como busca la cierva corrientes de agua*” (salmo 42)

b) Si leo un mito como los de la Creación (Gén 1–3), me quedaré con la verdad profunda que transmiten: Dios nos da la vida; somos libres, etc.

c) Si leo las *leyes*, recordaré que en su contexto histórico buscan establecer la justicia, y haré hincapié en que para Jesucristo se resumen en un único mandamiento: “Amar a Dios y al prójimo como a uno mismo”.

d) Género *narrativo*: hay breves narraciones o cuentos, como *Rut*, *Ester* o *Jonás*, que además de resultar entretenidos, nos enseñan valores de vida.

e) Género *histórico*: A diferencia de los anteriores, hay también libros que nos transmiten los acontecimientos de la historia real del pueblo judío, pero no como las noticias del periódico sino *descubriendo la presencia del Señor en ellos*.

f) Género *profético*: Los profetas, llenos del Espíritu, son los que recuerdan lo que Yahveh diría (denunciaría y anunciaría) ante la sociedad de su tiempo. Un magnífico resumen de su mensaje lo tenemos en Miqueas 6, 8: “*Lo que el señor desea de ti: tan sólo practicar la justicia, amar la compasión y caminar humildemente con tu Dios.*”

g) Género *sapiencial*: Suelo decirles a mis alumnos que los sabios no son los que tienen mucho estudio sino sus abuelos, porque tienen experiencia de la vida, como *Job*, *Proverbios*.

Los géneros del N.T. apenas necesitan explicación:

a) *Evangelio* (y *Hechos*): no es una mera biografía, sino que nos transmite a Jesús como el Hijo de Dios, es decir, no sólo mi hermano mayor en quien puedo confiar ciegamente, sino también el que puede sanarme de todos los miedos y limitaciones.

b) Género *epistolar*: cartas con importantes aclaraciones y consejos para las comunidades cristianas, y por tanto también para nuestra Fraternidad OAR.

c) Género *apocalíptico*: relato simbólico no de un terrible fin del mundo sino de la esperanza que el Señor nos da en los momentos de persecución.

3) Evitar lecturas *moralizantes*: Las parábolas de Jesús (y las bienaventuranzas) no nos dicen lo que debemos hacer nosotros para ser buenos, sino que buscan sorprendernos al mostrarnos cómo actúa Dios, desbordando nuestras miopes expectativas. Por ejemplo, en la mal llamada parábola del *hijo pródigo* nos desconcierta al mostrarnos un padre que sólo sabe perdonar sin exigir nada a cambio. El cristiano, como primer paso, *no debe hacer nada*, sino sólo dejarse sorprender por Dios y acoger su amor, dejarse querer. Lo demás vendrá solo, como un agradecimiento espontáneo.

IV.- ¿Por dónde empezar a leerla?

Acercarme siempre a la Palabra de Dios con confianza y agradecimiento, en un clima de *oración*. Soy consciente de su presencia y le pido capacidad de escucha.

1) ¿Os ha llamado la atención algún libro o género literario? Podéis empezar por aquello que os haya atraído en mi rápida exposición. Leer las introducciones.

2) Lectura continua de un evangelio: recomiendo empezar por Lucas, leyendo un capítulo cada día. Después se puede continuar con los *Hechos de los apóstoles*.

3) Evangelio de cada día:

– 1ª opción: *Lectio divina*

[Cf. A. SÁNCHEZ CARAZO, OAR: *Agustín, maestro de oración*, y T. BAZTÁN, OAR: *Palabras para el camino*].

Meterme con la imaginación en la escena: “Soy uno de sus discípulos, veo y oigo a Jesús. ¿Cómo me llegan sus gestos y palabras?”. O bien: “Soy Jesús...”

– 2ª opción: *En la eucaristía*: ¿por qué nos ponemos de pie y nos persignamos en el pensamiento, la palabra y el corazón?

4) *Vísperas*: saborear y degustar los himnos y salmos.

5) *Según cómo me encuentre de ánimo*: ofrezco algunos textos que pueden responder a estados anímicos diversos.

Cuando estés...

Preocupado: Mateo 6, 19-34

Desanimado: Isaías 40

Triste : Juan 14. Salmo 34

Solo: Salmo 139. 1 Corintios 15

Abandonado: Salmo 27

Con duda: Juan 7, 17

Con temor: Salmo 23

En tentación: Mateo 4

Convencido del pecado: Salmo 51

En peligro: Salmo 91

En crisis: Proverbios 8

Impaciente: Hebreos 12

Enfermo: Isaías 26

En lucha: Efesios 6

Cuando sientas necesidad de...

Paz: Juan 14, 27

Descanso: Mateo 11, 25-30

Cariño: Juan 15

Ánimo: Salmo 103

Fe: Hebreos 11

Consuelo o seguridad: Romanos 8, 31-39

Esperanza: Salmo 90

Fortaleza: Josué 1

Gozo: Colosenses 3, 12-17

Entusiasmo: Salmo 67

V.- Conclusión: *dejarme transformar*

Tenemos una boca y dos oídos: hablar con el Señor sí, pero escucharle más. Mas no con la cabeza, porque “*No el mucho saber harta y satisface el ánima, sino el gustar y sentir de las cosas internamente*”.

Todas las vivencias están ahí y lo están desde Alguien que quiere lo mejor para mí. Por eso debo superar la escucha rutinaria: “Va, ese pasaje ya me lo sé”.

Haced la prueba de aguzar el *oído durante dos minutos*. Además de serenarme y de ser un buen entrenamiento para vivir el presente (que es donde me habla Dios), me servirá para darme cuenta de que al hacer silencio y darme tiempo, voy percibiendo nuevos sonidos que al principio parecían inaudibles. Lo mismo me ocurre a mí a veces con la Palabra: hasta la parábola más conocida me llega de un modo nuevo si la dejo resonar en mi interior sin prisa en un ambiente de serena oración.

Debo escuchar la Palabra de Dios sabiendo que no es un libro cualquiera, sino nuestro Libro sagrado, es decir, que tiene capacidad sacramental: hace presente, vivo, real y actuante a Aquél de quien habla. Por tanto he de abrir mis oídos y mi corazón sabiendo que puede sorprenderme, más aún transformarme, ayudarme decisivamente en mi conversión, en el camino de mi vocación de seglar, por tanto de mi felicidad y la de los que me rodean. La acogida de la Palabra es decisiva para aumentar nuestra fe y esperanza en Cristo y nuestro amor a los hermanos (empezando por los hermanos de Fraternidad si oramos y celebramos juntos la Palabra). San Agustín insistía en que la Escritura es alimento y es medicina. Ojalá seamos capaces de decirle con verdadera fe: “*Señor, no soy digno de que entres en mí, pero una palabra tuya bastará para sanarme*”.

Jorge Martínez Arribas
Valladolid